

El Premio María Teresa León y el teatro hispanoamericano escrito por mujeres

Jerónimo López Mozo

En el año 1994, la ADE (Asociación de Directores de Escena de España) y el Instituto de la Mujer crearon el Premio María Teresa León para autoras de teatro, destinado a propiciar y favorecer la escritura de obras literario-dramáticas por parte de mujeres. El premio tenía carácter internacional. Buena parte de las noventa y cuatro obras presentadas a la primera edición procedía de Hispanoamérica. Una de ellas, *Cocinando con Elisa*, de la argentina Lucía Laragione, se alzó con el galardón. A lo largo de las doce convocatorias siguientes, en nueve ocasiones los premios recayeron en autoras de aquellos países. También obtuvieron cinco de los siete accésit concedidos. Tan elevado número certifica la pujanza de la dramaturgia femenina contemporánea en América Latina, que tan escaso relieve tuvo a lo largo del siglo pasado. Las excepciones fueron Argentina y México, en los que destacaron las figuras de Griselda Gambaro y Elena Garro, respectivamente. A la primera, representante de la generación de los sesenta, seguirían autoras como Alma Bressán, Beatriz Mosquera, Aída Bortnik, Diana Raznovich, Roma Mahieu, Susana Torres Molina y María Elena Sardí. En cuanto a Elena Garro, que inició su andadura en los años cincuenta junto a Luisa Josefina Hernández, tomaron su relevo Marutxa Villalta, Marcela del Río, Margarita Urueta, Pilar Campesino, Sabina Bergman y Estela Leñero. En los demás países, la autoría femenina se reducía a unos pocos nombres: Isidora Aguirre en Chile, Juana Pavón en Honduras, Myrna Casas en Puerto Rico y Elisa Lerner y Mariela Romero en Venezuela. A la vista del censo actual, cabe preguntarse si, en su incremento, ha tenido que ver el Premio María Teresa León o se ha limitado a ser testigo del auge del teatro escrito por mujeres en aquellas latitudes. Es posible que haya cumplido ambas funciones. En todo caso, lo cierto es que el Premio se ha convertido en un espléndido escaparate del teatro hispanoamericano escrito por mujeres. De eso vamos a ocuparnos.

Lucia Laragione no es la única dramaturga argentina ganadora. Hay tres más: Adriana Genta, con *La pecadora, habanera para piano*; Nora Adriana Rodríguez, con *Paula.doc*; y Liliana Pérez Gornatti, con *Sin nombre, sin nada*. Las demás se reparten entre Costa Rica (Ana Istarú, con *Baby boom en el Paraíso*), Perú (Maritza Núñez con *Sueños de una tarde dominical*), Colombia (Luz Peña Tovar, con *Un remolino en el río*), México (Bárbara Colio, con *Pequeñas certezas*) y Venezuela (Neher Jacqueline Briceño, con *La casa de todos*).

Excepto Lucia Laragione, que nació en 1943, el resto de las autoras lo hicieron con posterioridad al año 1958. En algunos casos, su teatro es fiel reflejo de los acontecimientos políticos y sociales vividos en sus respectivos países en el último tercio del siglo pasado. Así, en *Cocinando con Elisa*, cuya acción transcurre entre los fogones de una casa de campo a los que llegan las piezas de caza para ser guisadas, su autora establece un descarnado paralelismo con la práctica de la tortura y el asesinato durante la dictadura argentina. Nora Adriana Rodríguez, por su parte, presenta en *Paula.doc* a una mujer empeñada en saber quiénes fueron sus padres, desaparecidos durante los años de plomo. En el viaje que emprende al pasado nos introduce en un mundo de silencios y miedo, alzando su voz para reclamar que aquellos hechos ni sean olvidados ni queden impunes. En cuanto a la colombiana Luz Peña Tovar, nos introduce con *Un remolino en el río* el mundo de la guerrilla. En un paso fronterizo situado en un pequeño pueblo de la cordillera de los Andes, asistimos a un grotesco episodio en el que los militares que lo custodian tratan de impedir el paso del féretro que contiene los restos de un estudiante asesinado por la policía durante una manifestación, alegando que su nombre figura en la lista de enemigos del gobierno. Pero también se abordan otros temas. En *La pecadora, habanera para piano*, Adriana Genta transita por la vida plagada de frustraciones de la apasionante poeta uruguaya Delmira Agustini, y, en *Sueños de una tarde dominical*, Maritza Núñez lo hace por la de Frida Kahlo para elaborar un discurso en torno a los vínculos entre arte y política, en el que, junto a la extraordinaria mujer, aparecen las figuras de Trotski, André Breton y Diego Rivera, su esposo y autor del cuadro *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, en el que se inspira el título de la pieza. En torno al desencanto de la juventud actual por la falta de horizontes que den sentido a sus vidas gira *Sin nombre, sin nada*, de Liliana Pérez Gornatti. La galería de personajes que presenta está formada por seres cuyos nombres importan poco y

cuyo currículum, alimentado por la droga, la prostitución y el robo, les convierte en firmes candidatos para acabar sus días en el infierno de las cárceles. La maternidad, tratada con habilidad y mucho sentido del humor, es el tema de *Baby boom en el Paraíso*, de Ana Istarú. En ella, el espectador asiste, en lo que puede calificarse de una divertida celebración del embarazo, al viaje del óvulo en busca del espermatozoide, a su encuentro y a cuanto sucede en el interior de la futura madre. Por su parte, Bárbara Colio aborda en *Pequeñas certezas* la reconstrucción, por parte de sus familiares y amigos, de la vida de un hombre que ha desaparecido, poniendo de manifiesto, a lo largo del proceso, la visión tan distinta que cada uno de ellos tiene del ser ausente. Y, en fin, Neher Jacqueline Briceño muestra en *La casa de todos*, que es una vieja pensión, a un grupo de personajes que murieron allí durante un incendio ocurrido en una noche de carnaval. Todos quieren escapar del lugar, al que están atados por el recuerdo de la muerte del hijo de la dueña del establecimiento, pero aquellas paredes se han convertido en un encierro eterno.

A ese repertorio temático corresponde una amplia variedad de fórmulas dramáticas ricas en recursos estéticos. Desde la influencia valleinclinésca que el profesor Torres Nebrera percibe en *Un remolino en el río*, en el que también advierte ecos brechtianos, hasta el tono de comedia que preside la divertida y nada banal *Baby boom en el Paraíso*, el conjunto de obras que comentamos contiene buena parte de los elementos que caracterizan al teatro actual. Hay sitio para el realismo y para el lenguaje poético, para el absurdo y lo grotesco. En una misma obra, *Paula.doc*, viajamos desde un cierto costumbrismo hasta formas teatrales menos elementales que posibilitan un tratamiento más profundo del asunto que se aborda en ella. Lo onírico, tan frecuente en el teatro americano de periodos anteriores al que nos ocupa, mantiene su presencia en alguna de las propuestas. Así sucede, por ejemplo, en *Sueños de una tarde dominical*, pieza en la que, por cierto, el lenguaje realista del texto se funde con el arte plástico, representado por un sinfín de imágenes de elevado contenido poético. En un momento de la obra, su autora, Maritza Núñez, pone en boca de Frida Khalo, la protagonista, su opinión, sin duda acertada, de que lo real y lo fantástico no se contradicen.

En el teatro de estas autoras se observa algo que ha sucedido también en el teatro español último: la recuperación del valor de la palabra y el interés por no renunciar a las aportaciones de otros lenguajes

escénicos. Y en el terreno concreto de la construcción dramática, la tendencia a ofrecer escenas breves, a jugar con la alteración de espacios y tiempos, y a introducir otras novedades, que deben bastante a la influencia del cine y las demás artes audiovisuales. Llama la atención que, salvo raras excepciones, no estamos ante un teatro feminista, aunque lo femenino esté presente en algunas obras. También son destacables, más allá del hecho de que todas ellas han obtenido el Premio María Teresa León, las coincidencias que se advierten en las trayectorias profesionales de las autoras. Les une su formación académica, en unos casos de carácter universitario y, en otros, adquirida en Escuelas de Teatro, tanto de sus propios países como extranjeras. Las hay que visitan regularmente centros de enseñanza españoles y no faltan casos, como los de Maritza Núñez y Bárbara Colio, que han realizado estudios en instituciones dramáticas finlandesas, la primera, e inglesas, la segunda. Por otra parte, ninguna de ellas se dedica exclusivamente a la escritura teatral. Algunas la compatibilizan con otros géneros literarios. Lucía Laragione, hija del escritor Raúl Larra, primer biógrafo de Roberto Arlt, ya ocupaba un lugar destacado en la literatura infantil y juvenil cuando escribió *Cocinando con Elisa*, su primera obra de teatro; Maritza Núñez, con sólida formación musical, ha hecho incursiones en el mundo de la ópera; Ana Istarú y Nora Adriana Rodríguez son poetas; Luz Peña, novelista; y Bárbara Colio, periodista. En el campo del arte escénico, casi todas están vinculadas a compañías y grupos en los que participan como actrices o directoras de escena. Pero algo más tienen en común estas autoras que justifica que sus nombres aparezcan reunidos en estas breves páginas: su compromiso con la sociedad a la que pertenecen.